

NESTE BENTORRO ESTUBO EL QUIJOTE

por

EUGENIO NOEL

...y ha escrito sobre ello más hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna.

Luis Vélez de Guevara

No sé que haya en nuestra tierra hora más sabrosa que estar a la puerta de un hostel, cerquita de una mesa, y a su amor un buen vaso de vino, los ojos en la puesta del sol, la loca de la casa sobre los lomos de la mula de Liñán.

Ni más bienvenida peripecia que, tornando la vista del ocaso al ocaso, quedar como en vilo, azogado todo el pecho, de resulta del topetazo con los ojos de unas letras rasgadas a pelo de escobajo sobre la cal viva del figón: "Eneste Bentorro estubo el quijote".

Quisiéralo la buena maña del azar, que el ventorro está en la ruta del más leal de los caballeros, y si don Miguel no lo expresa, a cuenta de su olvido vaya, pues no de todos los pasos de don Alonso hay huella en el libro sin par. Muchos de la ristra se dieron antes del hallazgo de Toledo; en número sin fin y fecha, los posteriores a la hoja en la que su "padraestro", temeroso del trapazas de Tordesillas, le diese por imposibilitado de tercera jornada.

"Eneste Bentorro estubo el quijote". ¿Así sea? ¿Así sería? ...No; así fué.

En estos cernidos y volteos en que el pensamiento desmaya del placer de que tan raro milagro de vida ocurriera en las letras de España, y no por ventura en las de allende, cálmense los ojos del sobresalto con la visión terrera del buen ventero.

Cromo viejo también, estampa de siempre; pero toda su campechana y bonachona traza hecha una anatomía de por las láminas de las llagas de árnica y trancazo.

Nada extraño tampoco. La tarde, que cae, vuelca del camino arriero a las mesas gente batida y de rezago. Es difícil lidiar con la raza todavía. Los malos pelos no se han ido del todo...

Esparramado de tono nos lo dice el mozo.

-Está cosido el amo; pero él se tiene la culpa.

-Temerón y puntero, ¿eh?

-Ca, quijotismo, ...! La teña que le han atizado por quijote! Vuélvense los ojos de buen grado al letrado y los labios sonrien. El servidor entiende y gruñe de agachadillo.

-Ajá. Ese letrado es el que tiene al amo hecho un acerico. Y una vez más los ojos se van solos al letrado y al amo, todo él bizmado y esparadrapado como un anuncio de ortopedia.

El mozo cuenta empecinado en su crítica y deje.

-Su padre fué lo propio, y aún su abuelo, y así hacia arriba hasta Mahoma. Todo porque se les metió en la chola que el tío ese del libraco paso aquí una noche, ...

-...del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro.

-No es por ahí. Leer..., sí no sabe; y escribir..., ahí está la plantilla. Y que no hay quien lo toque. El catre de tijera, donde se acuesta, dice que fué donde durmió el Quijote, y no lo cambió por cama ni en el bodorrio con la tía Eladia..

-Así es que por causa del Quijote...

-Por causa de ese embeleco le dan cada pandorga... Y con la gentecita, salvo lo presente, que aquí amarra. En cuanto oye una palabra más alta que otra, zas, a meterse hasta el cuevo. Que si la hidalguia, que si la caballeridad...

Luego se inclina, y dice muy quedo:

-Ese que ve en la mesa de al lado, que parece torero, el carento, el más chulo de los cuatro, ese salió hoy de presidio..., ese que tararea el cante, fíjese.

Palmean al mozo, grita su "ya va", y remiro el letrado, el simpatiquísimo dueño del ventorro, y, al ir a contemplar al hombre salido hoy de la cárcel, es él quien me mira, todo el hombre en los ojos, escupe y me pregunta.

-Oiga, caballero, usted disimule; ¿ha hecho el amigo algún voto?

-¿Por qué lo dice el buen hombre?

-Por esa peluca que gasta.

-La melena...

-Como ya no se lleva le parece a uno cosa de promesa; usted perdone, pero el señor se da un aire a Quevedo.

-¿Dónde lo vió?

-En un libruco que tiene el mono.

La escaramuza termina en risotadas de befa de los cuatro campeadores, y oigo la voz de uno de los calamandrios que define así el género.

-Todos estos tios que gastan los pelos están chiflados

-Será un "pureta".

-Puedá.

El problema parece totalmente resuelto; los pelos, olvidados, y el hombre de la guasa continúa sus queós de cantao. De mi parte no ha salido ni queja ni repulsa. Conozco el paño y la vida le aconseja a uno rascarse si pica. Tal vez en esa prudencia ser pee cierta cantidad de cobardía. Toco mis pelos, que en verdad gasto bien largos, tan largos que parecen los de Velázquez, en su autorretrato de la Galeria Doria, y..., una vez más, comprendo que es tan inútil llevar una melena como tomarse la molestia de justificarla.

Apenas he puesto de nuevo mis ojos en el sol que se va, mi mano en el vaso de vino y el alma en esas dulces cosas que inspira una tarde al borde de los caminos de nuestra tierra, cruza ante mi el ventero.

Es uno de esos hombres nuestros de irresistible simpatía, pero al que los golpes han mordido su indudable prestancia personal. Pasa y repasa con sus cicatrices, vendajes y fomentos, y me agrada sobremanera verle, lo que no impide que sonría estúpidamente al considerar que todas sus malandanzas y cernidos tienen la causa en su noble manía de ser justo; tan bochornosa e infame es esa condición humana, que viene de tan lejos, de reír de los pa-

los que reciben los...otros.

¿Habrá oído las mohaterías de rabadilla y cobeo de estos atravesados? Pero si no las ha oído las va a oír, porque el cobeo amaga.

-Oiga, caballero, usted no es de esta tierra, ¿verdad?

-¿En qué lo conoció?

-En los pelos. Aquí nadie se deja las greñas, y al que le crece la pelambre lo esquilan.

-Pero Quevedo...

-En aquella época se gastaba la lana en la cabeza, vaya usted a saber por qué; parecían tías.

-Y no lo eran. Quevedo...

-Menudo "gachó" estaba Quevedo. Mas ya no pega eso de tanta lana. Hay que pelarse, amigo.

Como el sacapotras gritaba más que decía sus maladas, los que como nosotros venteaban aquí y allá acabaron por unir a las risas y comentarios la acción, e hicieron corro. Pronto fué aquel un foco de cuantas perdobaladas y chancerías puedan sospecharse o no imaginarse siquiera.

Entre las raspadillas y pegos de estos valentones de espátula, a cuya escena el alma, de no ir contra ella, hubiera hallado cierto sabor siempre roncerero pero de entraña raigal, surgió una voz que dijo:

-El meleno debe ser pintamonas.

Esto pareció acabar con la paciencia del ventero que, parándose en seco, se adentró en el grupo como cuña, y dijo resueltamente:

-Señores, esto se ha acabado.

Y de un puñetazo, dado entre los vasos y frascos con una de aquellas manos vendadas, logró un silencio delicioso, que, de continuar, me hubiera permitido gustar del espectáculo de la carretera y paisaje de fondo, a esa hora tan nuestra de rebaños y reatas, de cencerros y campanillas, en la que el polvo del camino levantado por las ruedas y las bestias se orifica con los rayos del sol poniente.

Mas el silencio duró poco. La voz de "bibría" del rufián gruñó.

-¿El qué se ha acabado, patrón?...

-El meterse con nadie; eso es lo que se ha acabado aquí.

Extraordinario rumor se comió las otras palabras que alegaba mi ventero, y como todos hablaban e interpelaron a un tiempo, destemplados y en todos los dejes de media braga y sombrero gacho, sólo podía oírle decir que era una cobardía y una indignidad el zaherirme. Parece ser que se trataba además de identificar, hasta que uno de los puntos de barrumbo se arrancó.

-Ni que fuera el "sursum corda".

El grupo se convirtió en motín de masa, que se acrecentaba por momentos y rayaba en convulsiones de mala espina.

Mi una vez que el mozo lograba arrancar a su amo, extra yéndolo de aquel tumulto, donde le "infartaban" truhanes y curiosos, y oí que le decía.

-Pero, amo, si es el...

-¿Y porque sea un criminal le voy a tener miedo?

Y, espulgándose de las ~~agarraduras~~ agarraduras y sponcios del criado, se zambulló en el lío en que su poderosa voz abría más brecha que su cuerpo.

De pronto, oí en el tumulto una voz, que tenía gracia en su sarcasmo..

-Por unos pelos...

Pero la gracia se la comió el drama, cosa que entre nosotros pasa casi siempre, y aquella noble criatura, vendada y escarmentada mil veces, empezó a recibir y dar trompazos, manotadas de esas de algarabía, y acaso que nunca entre nosotros quedan ahí, sino que abren la verdadera lucha, un terror que acaba invariablemente en sangre.

-Delante de mí no se ofende a nadie, canallas.

Y gritando esto vi cómo el ventero, entre manos y cuerpos, que le injuriaban y se revolvían furiosos, lograba abrir, con los dientes, una horrible navaja. No era sola. Pero era la que me interesaba y la que mis ojos seguían. No sé que me hubiera pasado si aquella navaja se teñía de sangre. Llevar tan lejos una defensa... Por unos pelos, ..., como decía el otro.

El mozo me gritaba en mi cara, increpándome no sé qué culpas.

-!No le decía yo!...!Ya lo ha visto!

Mesas, sillas, todo hecho cabharros, todo apareciendo y ocultándose en los vaivenes y sacudidas de una masa que se abría en ruedos, que muy bien pudieron convertirse en charcos de sangre como otras veces.

Pero felizmente, ya que no impunemente, porque las viejas heridas se le habían abierto, ciertos barruntos de policia destriparon el caos, y entre los mismos, que ya no sabían por qué, ni para qué ni contra quién luchaban, aparecieron los conciliadores y algunos de ellos acercaron al herué a la pared de cal viva, bajo el sitio mismo en que se leía el famoso letrero y tanto: "Eneste Bentorro estubo el Quijote".

Otros se llevaban al grupo de rufianes, y los más explicaban que hubo verdadero peligro, pues aquellos cuatro jiferos eran bien medomados. Y en verdad que así fué y que, obligado por tan curiosas circunstancias a excusarme yo mismo de servir de ocasión a tan malaventurada aventura, mi defensor tuvo a bien obsequiarme con un soberano respingo.

-Yo no sé quién es usted ni me importa un pito.

-Pero ese hombre ha podido matarle.

-Ya lo sé; es su oficio.

-Pero usted, a fin de cuentas, señor mío, ¿por qué se ha arriesgado así, a cambio de nada?

-¿Que a cambio de nada?-me gruñó mientras le metían en agua las manos llenas de sangre...

-Nadie hace ya eso.

-Eso será en su tierra; déjeme en paz.

Lejos de ofenderme el gesto despectivo del que puso en peligro su vida por... unos pelos de más o menos, exclamé para mis adentros y afueras.

-En algo había de conocerse que por aquí anduvo Don Quijote. El era así también. En el gondo me alegro de todo ello.

-No es la primera vez ni será la última-dijo el mozo con enfado.

También era así aquél otro, pensé yo; qué raza, Dios santo.

-Y por unos pelos...-murmuraba la gente, haciéndose cruces al enterarse de los orígenes del pavoroso escándalo.